



## CAPITULO VII

«Existe sólo un bien que mueve mi codicia,  
y que para mí vale entero el universo:  
Lograr que la gentil, hermosa y blanca Silvia,  
mirase lindamente la hoja del reverso.»

EL PRESIDENTE HÉNAUT

**P**RONTO el Rey manifestó nuevos y raros antojos. Dominado por un recrudescimiento de presunción y coquetería, dióse á loquear gallardeándose desvanecidamente delante de los espejos, diciendo: «En verdad que hasta ahora he vivido abandonado de mí mismo. De hoy para siempre he de cuidar de mí atavío.»

Hizo colecciones de cañas de bambú jaspeado con puños y adornos de piedras preciosas. Algunas veces apa-

recía alindado ligeramente como un pisaverde, teñidas las mejillas y chanceando á la manera francesa: «¡Oh, riamos, cantemos y gocemos! ¡Quién sabe si mañana viviremos!» Otras, notábasele intranquilo, alborotado, encendida la mirada, asaltado por nosé qué escondidas inquietudes. Pasaba horas enteras en el fondo del jardín avizorando como un misterioso escucha, desapareciendo cuando descubría, á lo lejos, la inflada falda y el quitasol de la condesa.

Al cabo de una semana, de pronto se supo el motivo de todo. Era que el señor conde se había dejado enviscar y cazar, lo mismo que un mozo, por los encantos de Guillermeta, una de las lenceras de palacio. Zarandeada, acosada por las figas y preguntas de sus camaradas la muy ladina convino á medias en el devaneo, y entonces los maldicientes bebieron, entre chocarrerías por el parabien del «negocio».

Frisaba la Guillermeta en los diez y nueve años, y era de mediana talla esbelta y flexible como un junco, rubia, sonrosada; su boca, bermeja; sus ojos, más dulces que el terciopelo

negro, y sus dientes bastante blancos.

Hallándola un día Roulette en el fondo de un corredor, la miró con grande desenvoltura, y quedó picado de su gentileza y donosura. Sostuvo ella la mirada algún tiempo; y después, por respeto, sonrojóse, bajó los párpados y escapó presurosa.

Esto, inflamó todavía más la sangre del Príncipe. En su mocedad había gozado mucho de Amor; y ahora, sentíase espoleado por un fogoso retorno á su remota juventud, y un implacable deseo de cortejar á la moza y obtener sus favores.

—¿Qué puedo yo temer?—pensaba con cinismo—¡nada! Aun suponiendo que me amenazara una inesperada paternidad, siempre habría algún bellaco pobre hombre que luego cargase con la vaca y el ternero.

El demonio de la lujuria le atormentaba despiadadamente. Pasaba las noches en seguida vigilia de tentación, padeciendo como Tántalo, imaginando refinadas orgías con cantantes y cocotas de la Ópera.

Al principio cuidó severamente de sí mismo, temeroso de sembrar re-

celos; pero, poco á poco, encendiéndose más su deseo, abandonó la rigidez de su apariencia; y vinieron las miradas lánguidas, los besos á lo lejos, hacia la dirección de Guillermeta que nada quería comprender. Pero pronto cansóse de tan inocente pasatiempo, y enfurecióse consigo mismo por la sandez de entregarse á tan platónicos amores. Era preciso el asedio tenaz, que el pimpollo pareciale manjar de Rey.

Y tanta audacia y persistencia puso en su propósito, que ella viendo exasperado y encendido, acabó por concederle una cita en los graneros de la torre del Norte.

.....  
 Cuando una hora más tarde salían de su yacija, el Rey, todo desaliñado, se estiraba las medias y sacudía el tamo y yeso de su vestido, como si acabase una obra de albañilería; y ella se pavoneaba, muy roja y despeinada, prendidos sus cabellos de briznas de paja, y agitando ufanamente su brial.

De tan intenso modo se apasionó el príncipe que hasta descuidóse de

tomar las más elementales precauciones; es cierto que cuando pensaba en la condesa preveía la explosión de alguna catástrofe y prometíase ser cauto, pero una sonrisa ó mirada de Guillermeta deshacía en el olvido todos sus prudentes propósitos.

Se veían ocultamente en los desiertos rincones del parque ó en lo escondido de alguna galería renunciando al retiro de los hórreos del torreón del norte porque las ratas llegaron á interrumpirles los coloquios mordiéndoles el calzado. El refugio y abrigo de sus amores lo tenían más frecuentemente, bajo el cobertizo de heno y cañas de una choza de artificio, donde el jardinero guardaba sus rastrillos, los arcaduces y tubos de riego y todos sus trabajos. Mientras ellos se arrullaban y acariciaban agazapados sobre una carretilla tumbada, *Catedral* estaba en acecho, emboscado, dirigiendo á todos su mirada muy gravemente, erizada la cuerna, pronto á dar un mugido de alarma como nuevo carnero de Assas. Y el perverso animal, libre de todo escrúpulo, desempeñaba de instinto, sin necesidad de

enseñanza alguna, esta misión villana, con tanto cuidado, que parecía cumplir un deber augusto y sacratísimo.

Hasta entonces, la condesa había vivido muy lejos de sospechar esta barraganía; pero el nombre de Guillermeta escapado de cierta guisa de los labios de Roseau, y las maliciosas sonrisas, mal reprimidas, que á su paso fué notando en la insolente boca de la servidumbre le sembraron la duda en sus entrañas.

Quedó postrada, consternada. «¿Podía ser cierto? ¿Qué era aquello?... ¿Cómo... el Príncipe gustaba de una mujerzuela de la plebe? ¡Oh, Bastilla... Bastilla! ¡Se estaba degradando su Rey, rodaba á los abismos!...»

Este terrible pensamiento le obscurecía y taladraba su cerebro, le desgarraba toda la vida. Y cuanto más se ensañaba en repasarlo más espantoso le parecía.

Sólo entonces comprendió por qué el conde se esmeraba en su atavío, en todo su cuerpo, y se explicaba su andar de doncel, la viveza de sus ojos, su ansia por la soledad. Ahora

comprendía también por qué nunca hablaba ya del trono, preocupado de otro gobernalle que no era el del Estado. ¡Oh, y una sándia, una pérdida había bastado para sepultarlo y entorpecerlo en las más enervadoras y abyectas delicias, apartándole, haciéndole desertar de su Misión!

Pero si la condesa hallaba un cáliz tan lleno de amargura, no era por el vulgar sufrimiento de los celos de mujer, por la humillación de sentirse desdeñada y prostergada. No. Ella admitía ó disculpaba indulgentemente las flaquezas de los Reyes, y en el noble desprendimiento de su amor casi maternal, su tolerancia era tan amplia, tan humana, que seguramente hubiese comprendido y perdonado un devaneo patricio, un capricho por alguna princesa ó dama de alto linaje y honor... Pero este afrentoso rebajamiento del monarca la cubría de vergüenza, y la excelsitud de las flores de Lis quedaba envilecida.

Su imaginación la tenaceaba despiadadamente. Veía ya todo el cortejo de vilezas del pecado: el escándalo, las citas inmundas, los bas-

tardos... Decidióse á hablar al Rey, á exponerle sus reproches, sus quejas.

Y una noche, cuando se disponía á acostarse cerca de la media noche, sus tristezas la invitaron á contemplar el azul profundo del cielo, constelado heráldicamente de oro.

Asomada á su fenestra, esparció la mirada por los sombríos verdores de los árboles y flores, por los céspedes que la luna iba bordando de plata, por las estatuas que parecían cristalizadas en medio de un jardín encantado.

El magno silencio abismaba toda la naturaleza en un beatísimo recogimiento.

Las caballerizas, las dependencias, hombres, bestias, todo reposaba. No se oía ni el ladrido de un perro.

Solitaria, la bella noche se deslizaba en la paz del mundo.

Y ante la solemne quietud del muerto parque y de los hondos jardines, demasiado propicios para todos los misterios, sintióse alumbrada la señora de una rápida intuición.

¿No estaría el Príncipe escondido

entre esos macizos y frondas, prosti-  
tuyendo su realeza en los brazos de  
su plebeya concubina?

¡Había llegado el instante de des-  
enmascararle y hacerle enrojecer  
de su propia perfidia!

Y presurosamente ciñóse un chal,  
y en enaguas y babuchas salió y  
descendió por la gran escalera.

Después de cruzar el salón del  
Cetro, la sala de las Audiencias y la  
galería de las Medallas, atravesó los  
dos patios, y perdióse por los blan-  
cos senderos del parque. La majes-  
tuosa desolación de la luna, el mis-  
terio y melancolía de su lumbre que  
bañaba los campos, la hora avanza-  
da, el silencio y soledad impresiona-  
ron su alma. El reloj del castillo  
tañía, entonces, la media noche. Se  
detuvo para escuchar y seguir las  
doce campanadas que caían como  
pesadas flores sonoras en la blanda  
quietud del paisaje. Luego, prosiguió,  
caminando á pasos menuditos  
y precipitados. La grava crujía bajo  
sus delgadas suelas. Fijos, indife-  
rentes, escintilaban los astros como  
faros remotísimos; y en el fondo del  
boscaje, de las fontanas, surgían

como notas de harmónica, los lamentos de los sapos.

A medida que avanzaba, la duda se insinuaba en el corazón de la señora. ¿No había sido demasiado dócil á un pensamiento villano de desconfianza que constituía un grave ultraje para su Rey? ¡Oh! ¿y si se mintiera á sí misma, sí; y si el Príncipe descansase inocentemente en su estancia, como debió haberse asegurado antes de aventurarse á tan precipitadas pesquisas? Y además, ¿no estaba ejerciendo un bajo oficio de espía, á lo sumo excusable para un lacayo, una buscona ó una mujer policiaca? «Volvamos, entremos» ordenóse á sí misma. Y ya iba á darse obediencia, ya retrocedía, cuando un rumor de voces y risas ahogadas le hizo estremecer.

Escrutó las cercanías con toda la agudeza de sus inquietos ojos, y creyendo percibir dos sombras que se agitaban á unos cincuenta metros, cerca de las ruínas, marchó decididamente hacia ellas. Palpitábale violentamente el corazón, y figurósele que los viejos árboles del parque enloquecidos bailaban á su lado la

zarabanda. Poco á poco fué haciendo un rodeo, escudriñando los lugares ennegrecidos por las sombras; y avanzaba sobre las puntas de sus pies, muy despacito, reprimiendo su respiración. Y cuanto más se acercaba, más se precisaban las dos siluetas, unidas estrechamente en amoroso coloquio. ¡Ya no era posible la duda: la escandalosa realidad se le imponía: era el Rey, su Rey abrazado á la Guillermeta, el Rey, el Rey mismo!...

Entrecortadas de risas, sus palabras sonaban febriles y anhelantes.

—¡Ay, ay, y cómo te quiero, corazoncito mío!

—¡Oh, señor! ¿Os burlaréis de mí?

—Ven, acércate más; sé mi mujer, de veras y para siempre, sin necesidad de escribano ni de...

—¡Esconded las uñas, señor conde, escondedlas!

Un beso violento, ruidoso, seco, crujió en las tinieblas como un látigo.

Después, restablecióse el silencio; cesaron las voces, y solo los miseros sapos continuaron exhalando su eter-

no lamento á las estrellas, de las cuales acaso sean sus fascinados galanes.

Entonces, la señora, dió un salto, y con los brazos tendidos, amenazadores, apareció blanca y terrible para los nocturnos enamorados, que se quedaron fijos, clavados en su sitio. Arroizando un grito, se alzaron y quisieron huir, pero ella, la Medusa, con un gesto glacial y autoritario, les petrificó, mientras toda estremecida de indignación, le arrojaba al conde estas sarcásticas palabras:

—¡Ánimo! ¡Si; continuad, proseguid vuestra... misión!

Y volviéndose á Guillermeta, que aparecía arredrada, confusa, idiotizada, le dijo:

—¡Ahora, podéis huir, mozueta!

Un rumor de enaguas se fué perdiendo entre la espesura.

Quedaron solos, frente á frente, el Rey y la señora.

El insolente aspecto de Roulette avergonzaba. En ropas interiores, sin medias, calzados sus desnudos pies por unas zapatillas de tafíete pajizo, envuelto con un amplio pei-

nador de batista, que mostraba, entre sus pliegues, la camisa y los calzones desabrochados, y en la cabeza un gorro de dormir de lana, alto, rígido, con una cinta de seda lila enlazada, como Franklin, sobre la frente.

Estupefacto, inmóvil, callado, permanecía de pie. La señora, juntando sus manos de alabastro, con voz velada de congojas, le llenaba de tierros reproches:

—¿Vos, Sire? ¿Vos? ¿Vuestra Majestad, caída en las más bajas pasiones? Yo presentía, yo temía que algo escondía vuestra conducta, que algo significaba vuestro cambio de vida... ¡Pero ésto, ésto, jamás pude sospecharlo! ¡Si al menos hubiese sido con una mujer distinguida, patricia...! ¡Oh, tampoco!... ¿Qué pensáis hacer? ¡Os atrevéis á continuar, á prolongar delante de mis ojos!... ¡Ah, Sire, Sire; qué cruz me hacéis llevar sobre mis pobres hombros!

Roulette, que habia conseguido serenarse, dijo con fingida dulzura:

—En primer lugar, señora, no os afijáis por esta pequeñez... por simples apariencias...

—¡Cómo! ¿Osaréis negarlo? ¡Apariencias!

—Creo que me estáis interrumpiendo, señora.

Y ella callóse subyugada, sumisa.

Después de una larga pausa, prosiguió el Príncipe:

—Ya que por simples apariencias, no os habéis detenido á juzgarme, sea. Está bien. Esa joven se marchará... Yo le pondré su casa en París y no oiréis hablar más de ella.

—¡Se conoce que os tiene muy cazado, y que no vende á bajo precio sus favores!

Amostazado Roulette por éstas frases, añadió:

—¡Cómo! ¿Acaso mi fortuna no es muy mía? ¿Soy ó no, actualmente, dueño de todo? Yo mando, y se me obedece.

—¡Oh, Sire, con cuánta dureza me habláis! ¡No comprendéis que sufro, que por vuestra causa mi vida se consume en el martirio!

—¡Bah, bah, bah! ¡Es gracioso, señora! ¡Cualquiera diría que os maltrato!... ¡Os consumís en el martirio! ¡Es gracioso!

Y comenzó á gruñir, alzando los

hombros, moviendo la cabeza. Pero la señora revolvióse vibrando, exaltada, con acento inspirado, ardentísimo de profetisa:

—¡No, Sire, no; no se trata de mí, que nada valgo, sino de vos, del Rey... de la Monarquía de la cual ya no habláis jamás! ¡Esto es lo que me destroza el corazón: ver que la augusta empresa, reinar... reinar, no constituye vuestro anhelo, ha huído de vuestro pensamiento, en tanto que es mi única ansia y en ella medito de día y de noche! Perdonadme, Señor; perdonadme... pero era preciso que yo desbordase. ¡Vuestra Majestad resbala por una pendiente siniestra: la del ocio, la más detestable senda de los Príncipes! ¡Todo, todo lo olvidáis: las enseñanzas del pasado, la gloria de vuestra raza, los Evangelios del Santo Cadalso... la divina misión que os impusisteis! Yo os digo que Vuestra Majestad es doblemente culpable: culpable hacia vuestro pueblo, como un padre cruel que abandonase á sus hijos; y culpable hacia el Rey-Mártir, como un hijo ingrato que perdiera el sagrado recuerdo de su padre. Permitidme...



dejadme deciros una palabra más. Si vos, Señor, no os apresuráis, si no sabéis cuando llegue el día y suene la hora, aprestaros, daros vuestra misma ayuda, saltar á caballo, entrar en vuestro pueblo, con la blanca insignia en vuestro fieltro, y decir: ¡Aquí me tenéis! tampoco el cielo os otorgará su auxilio y... ¡adios los Borbones!... ¡No quiero, no quiero preveer la metralla de desventuras que derrumbará á nuestra pobre Francia, nunca más la vuestra, la noble, la vieja Francia!

¡Briosamente, casi de un solo aliento había disparado este párrafo crepitante como una descarga de mosquetería, con vehemencia y pasión capaces de reanimar en esa helada alma la brasa que ella creía extinguida para siempre!

Quedó inmóvil, postrada, extenuada con palidez de espectro que el claror de la luna hacía más marmórea espantada de su audacia casi sacrilega, aguardando los excelsos rayos que seguramente debían destruirla.

Roulette la había escuchado enrojando, crispando sus cejas y sus labios, pruebas todas de la grande

cólera que se le acumulaba en su sangre. Y cuando la desgraciada mujer enmudeció, él prorrumpió, como un volcán que no es dueño de su lava:

—¡Maldita sea la santísima flor de lis! ¡Basta ya, y no me precipitéis, no me irritéis más porque os haría callar como no podéis pensarlos! ¡Oh, no me conocéis! ¡Quiero la paz... la paz... la paz!

¡Y no me barrenéis más el cráneo con la dichosa monarquía! ¡Vaya al diablo ella y todo su fausto y todo!...

—¡Contenéos, contenéos, Sire! ¡Mirad que vuestro padre os oye!

Y avanzando de un brinco quiso cerrarle la boca con sus débiles manos para contener tantas blasfemias. Pero el Príncipe la cogió por los hombros forzándola á hacer un remolino tan vertiginoso que ella temió caer desvanecida.

—¡Mejor si mi padre me oye, mojígata! ¡Estoy harto de Borbones y de trono y de esa posma de las flores de Lis!

—¡Sire! ¡Sire... os lo pido por el cielo!... ¡Qué locura, qué horror! ¡Os lo pido por la Corona!

Él, le plantó las manazas en sus labios.

—¡Todo esto es ridículo, señora! ¡Vaya un galimatías! ¡Callad!

Con los ojos desencajados de espanto, la boca abierta, torcida, la condesa exhalaba hondos gemidos sintiendo que los puñales de esas frases le atravesaban las entrañas; y él, encendido por una llamarada de color de mosto, proseguía sus injurias y juramentos de carretero atollado. El postillón reaparecía en el soberano; el bruto que en otro tiempo cruzaba con su látigo las ancas de sus caballos hasta arrancarles la piel, flagelaba con la tralla de los insultos á su pobre víctima. Parecía hallar un feroz deleite en atormentarla. Enfurecido y humillado de haberse visto sorprendido en flagrante delito, exasperábase descubiertamente, al fin, contra las necias pretensiones de la señora. Esta idea fija de la realeza le envenaba su vida, que pudo haber sido tan holgada y placentera. ¡Maldita! ¡Después de lo que se había dignado hacer por esta imbécil, bien podía dejarle envejecer en paz, sin golpearle

los sesos con el risible cetro! Y así, mientras la atornillaba con sus violencias, resolvió librarse para siempre de todos esos fatigosos planes de restauración monárquica, al mismo tiempo que podía complacerse en una farsa formidable. Y de improviso, recogióse Roulette en sí mismo; reanimóse cruelmente su mirada; acaricióse los labios con su lengua ancha, gorda, de gastrónomo; y espaciando sus palabras murmuró:

—Escuchadme bien, señora: Yo... yo no quiero reinar.

Tembló todo el frágil cuerpo de la condesa, y escuchóse el hueco ruido que hicieron sus manos al juntarse imploradoras. Y anhelante, idiotizada, exclamó:

—¿Por qué, Sire, por qué?

—Porque... porque... soy re... pu... bli... ca... no...

Transida, desesperada, sólo articuló roncós sonidos, con los labios cuajados de espuma de padecimiento, mientras él acababa la horrenda palabra:

—...blicano; perfectamente: ¡Republicano!

En seguida, no sintiéndose todavía

satisfecho de tan abominable zumba, quiso llevar á la condesa al paroxismo del terror, y ocurriósele un pensamiento satánico. Puestos entrambos puños en sus caderas, con una pierna al aire como dispuesto para la danza, soltó una fiera carcajada y con voz de Revolución, de desarrapado, entonó, en el augusto silencio de la noche, la terrible *Carmagnole*:

La señora Veto había prometido  
Hacer degollar todo París.

La condesa arrojando un intenso grito prosternóse gimiendo:

—¡Señor, Señor! ¡Está loco! ¡Pobre Sire, pobre Sire!

Y le tendía sus brazos suplicantes.

Pero, Su Majestad, despiadado, feroz, proseguía, y aceleraba su baile nefando y su cántico de muerte:

El señor Veto había prometido  
Ser siempre fiel á su patria.  
Bailemos, bailemos la *Carmagnole*.  
¡Viva su són, viva su són!

Y á su compás zapateaba como si chapotease dentro de charcas de sangre; volábale el peinador des-

cubriendo sus piernas velludas. Y bruscamente un rasgo de luna lo envolvió apareciendo blanco, fantástico, espantoso, con el gorro mustio, doblado, de forma fría.

La señora, de rodillas, con la faz sobre el césped, arrancaba á puñados la hierba y la hundía en sus oídos para no escuchar el terrible salmo de la guillotina, que los ecos parecían repetir con infernal deleite...



## CAPÍTULO VIII

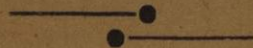
«Todos los bancos están  
mojados; no se puede re-  
posar en sus piedras...»

JULIO LAFÓRGUE



ASÓ el Estío.

Luego, precipitóse el  
Otoño bajo los cielos pá-  
lidos, nubosos; y en el  
parque, á la melancólica música de  
los violines del vientos danzaban  
ruidosas las hojas secas...





## CAPÍTULO IX

«Languidecia este gran príncipe; pero la muerte ocultaba, disfrazaba sus ataques».

BOSSUET

*O. F. del Sr. Duque de Enghien*



ERA en los postreros días de noviembre. Embajadas de pájaros salvajes pasaban, de cuando en cuando, muy altos, hundidos en el cielo.

Dos meses habían transcurrido desde la escena terrible de la *Carmagnole*, en cuyas cuarenta y ocho horas siguientes desapareció del castillo la garrida Guillermeta. Por distintos motivos, el conde había enviado, también á su país, á la cocinera Brígida.

Fué designio prudentísimo, porque el Monarca temía constantemente

que la sandez de su pariente lo descubriese todo.

Con estas medidas y sin nuevas explosiones de juventud, considerábase casi tranquilo y seguro de todo riesgo. Pero, no obstante, aún le inquietaba pensar que su altercado con la condesa pudiera traerle alguna desgracia. Desde el siguiente día de la aventura abismóse en una hipocondría que no le dejaba. Penetrado del sentimiento de su flaqueza y soledad, dentro de la inmerecida opulencia, apresuróse, por política sagacísima, á solicitar la gracia de su esposa.

—Perdóname, Berta, las extraviadas palabras que en un momento de fiebre... ¡Todo, todo esto son consecuencias del Temple... y de Simón, mi carcelero!... ¡Ved el estado en que dejaron á su Rey!

Y la condesa cayendo de hinojos, le había implorado, á su vez, el perdón del grande pesar, que llena de remordimientos, imaginaba haberle inferido. ¡Oh, juraba que ni por un instante había creído en otra cosa que no fuese una leve y pasajera alucinación del Príncipe!

...Y el pobre Príncipe se había hinchado con maravillosa rapidez, y mirándose su vientre, enorme como un tonel, temía que pudiera romperse por el ombligo. Hízose ceñir de fajas de cuero entrecruzadas sobre su torso, encima de la misma piel. Y á medida que su obesidad aumentaba, sangrábbase ridículamente, queriendo á toda costa pasar por menudo y delicado.

Tenia para cada vestido dos calzones de diferente corte y hechura.

Al levantarse, Roseau, le preguntaba, grave como un pontífice:—¿El señor conde ha de sentarse hoy?

Y cuando había de permanecer de pie, se colocaba sobre dos sillas, desde donde dejábase caer en sus calzones sostenidos en alto por sus camareros.

Con esto, y encaramado siempre sobre el escabel de una insoportable arrogancia, jurando y maldiciendo á la servidumbre por una puerta cerrada con rudeza, por una fuente de plata con la huella de un pulgar mal limpiada, nadie en el castillo

osaba distraerse ni casi alentar en la regia presencia.

Al mismo tiempo fué asaltado de una rara inquietud, de una general desconfianza de todas las cosas, y de todas las gentes. Atestósele la imaginación de peligros, amenazas y celadas urdidas en el misterio para librarse de él.

Y ya no sosegó tomando mil precauciones superfluas.

Un criado gustaba, ante sus ojos, todas las viandas de su mesa, y catataba todos los vinos, hasta de las botellas selladas. Trajo, ya en lo sucesivo, las manos desnudas, porque leyó en un viejo libro de hechizos, que muchos famosos personajes de antaño fueron víctimas de unos guantes envenenados. Por las noches, se despertaba de improviso temblándole los dientes, interrogando á la sombra con insegura voz:— «¿Quién está ahí?... ¿Hombre ó mujer?»

En fin, ya no era el mismo; y así como pareció tan apartado, durante algunos meses, de la monarquía, de igual manera ahora, semejaba acucioso y entusiasmado de su próximo

advenimiento al trono... porque ese era el único medio de vivir en paz con la condesa.

Y para tranquilizarla y halagarla y persuadirla que se preocupaba seriamente de su alta misión, le había propuesto que fuesen adelantando trabajo, y que entre los dos hiciesen el índice y lista de los regalos que habrían de ofrecer á todos los Reyes y Embajadores y á los gentiles-hombres de su Casa, con motivo de su Coronación.

Dos veces á la semana, se dedicaban á este importantísimo asunto, habiendo consultado antes la reseña de todos los presentes ofrecidos por los soberanos de Francia desde 1662 hasta el reinado de Luis XVI.

Reuníanse en un gabinete-dormitorio, rodeado de sofás, de alegre ornato de pequeñas molduras y dibujos de Bérain, que figuraban menudas avecitas revoloteando entre flores. Los cuadros de espejos, las cornisas del plafón, las esculturas del artesonado, y la decoración de los ventanales, no ofrecían la más leve elegancia, y las aplicaciones y taraceas de Vincennes imitaban tulipanes,

narcisos y jacintos, prorrumpiendo en guirnaldas de los muros.

Allí, acostado en una ligera camilla de bejuco, que ostentaba las armas de Sajonia y de Polonia, teniendo al alcance de su mano una linda mesita de pies de ciervo, con su escribanía provista de tinteritos de cuerno y salvaderas, el monarca dictaba á la condesa, tocada por una enorme cofia:

—Escribid, señora... «Al rey de España, nuestro retrato rodeado de ciento setenta y seis brillantes, dos veladores de laca y doce rosarios de piedras finas».

—...piedras... finas—repetía muy despacio la condesa, como si hubiese pronunciado: Amen.

—«A la reina de Suecia, una gran colección de perfumes y sedas, dentro de una chalupa de terciopelo negro recamado de oro, y un servicio de vajilla».

—...vajilla.

—«Al señor nuncio de Su Santidad una cruz pectoral de diamantes rosas, un broche de manteo y una buena olla podrida á la española».

Algunas veces, ella le interrumpía:

—Ante todo, que Vuestra Majestad no se olvide del rey de Dinamarca; es necesaria alguna deferencia... Portugal es muy amigo nuestro... también es preciso...

—¡Calma, señora; no os preocupéis! Yo os aseguro que todo se hará y con acierto. Harto sabéis que tengo una memoria de príncipe.

Y en el recogido silencio, acentuado todavía por el menudo rechinar de la pluma de la condesa, la voz lenta y grave de Luis proseguía:

—Decíamos... «Al señor Embajador de Rusia, tres tazas de oro para recoger la sangre de los osos que mate en sus cacerías...»

Pero pronto hastióse de este entretenimiento.

Durante algunos días, tuvo comezón y accesos de literatura, arrebatado de un gran amor por Crebillón y sus tragedias; hablando de teatro con la condesa, recordándole, también, las pantomimas y bailes que él había visto, en aquellos verdes años en que sus piernas y calcañares recrujían de tan firmes. «Había uno singularmente donde la Brelan danzaba que era un prodigio... y todo el



mundo rabiaba y perecía de deseos por poseerla».

La señora enrojecía.

De pronto apasionóse por la música. Hizo venir clavicordios, instrumentos de mil clases y figuras, un órgano de Somer; y desde que se levantaba entregábase á tañer una mandolina, rascando salvajemente las cuerdas, seguido de los angoras de largos pelos, que mayaban curvando sus rollizos lomos.

Más de una vez tuvo que cantar la condesa, ante su clave, con su menuda y cansada voz, la célebre romanza de Travanet:

«¡Pobre Santiago,  
cuando yo estaba á tu lado...!»

Y por complacerle volvió á tomar su arpa, ¡una vieja y querida arpa, que cuando doncella tan bien enguirnaldaba con sus brazos desnudos, alados, suavísimos como dos flotantes tules!

¡Oh que raras y maravillosas noches pasaron! Mientras el rey sepultado en su butaca, como un fardo, la cabeza abatida sobre el

pecho, la mirada atónita, idiotizada, llevaba muellemente el compás, la señora, sentada apenas en el alto taburete, sobre el cual parecía de pie, posaba en las cuerdas sus manos; después, con sus largos dedos, que brillaban de arcáicos anillos, desfloraba indolentemente... un poco... mucho — como si deshojase mustias margaritas—las añejas melodías que mueven á pensar nostálgicamente en el bello tiempo pasado... Y se sucedían las cadencias, los largos trinos, los arpegios, los lindos caprichos de los días de las pelucas empolvadas, de Mondoville, de Scarlati y de Rameau; mientras la columna enguirnaldada del instrumento deslumbraba como un gran cayado de oro.

Por las abiertas ventanas columbrábanse hasta perderse de vista las estepas infinitas del pálido firmamento, y en el fondo, surcaba viento en popa, la luna, entre las cordilleras de nubes, apareciendo, ocultándose, como un globo-fantasma, un aerostato polar cerniéndose sobre un caos de témpanos... Todo callaba y dormía; y en las discretas

penumbras de las azules tinieblas que bañaban la estancia, las menudas manos enmitonadas de Madama, mariposeaban sin descanso, acariciando las delgadas cuerdas verticalmente tendidas, y entonces tan cuajadas de luz, que esta osiánica sonámbula creía pellizcar unas hebras de lluvia blancas y sonoras...

Y el rancio concierto proseguía hasta que el sereno, haciendo su ronda bajo las murallas del castillo, arrojaba en el hondo silencio, su pregón plañidero: «¡Vengo á anunciaros... deseándoos las buenas noches, que han dado las dieeeeeez!...»

Los góticos tiempos del toque de silencio y cubre-fuegos, de los terro-ríficos sábados de aquelarres, sus leyendas de torres encantadas y fantasmas, resucitaban un momento y revivían con la voz de ultratumba del viejo servidor que semejaba ser el mismo pasado en pena, la blanca barba tristísima, vagando á través de las callejas angostas, con una linterna apagada...

La señora, entonces, dejaba su

arpa cubriéndola con una funda de seda color de ciruela.

Y lejos, muy lejos, todavía se escuchaba:

...«ciarooooos... nas nocheees... las dieeeeeez...»

